

ferido año Vázquez de Ayllón salió del puerto de Plata con 4 naos, 1 bergantín y 1 pataz, en que iban 500 hombres y 80 ó 90 caballos; dirigióse al río Jordán, situado, según aquel autor, á los treinta y tres grados y dos tercios, y allí se perdió la nao capitana con tódos los bastimentos; disgustados de la tierra los castellanos, pasaron á otro río que se decía de Guadape, ó quizá más correctamente de Guale, en cuyas riberas asentaron su real; por falta de bastimentos y exceso de frío murieron muchos, entre ellos Vázquez de Ayllón, que «passó de aquesta vida día de Sanct Lúcas, á diez é ocho días de octubre de aquel año de mill é quinientos é veynte y seys.»¹

Como luego surgieron desavenencias y reyertas entre los castellanos, pronto regresaron á la Española y á San Juan en número de 150, únicos que habían sobrevivido; traían consigo el cadáver de Vázquez de Ayllón, «pero porque tovieron mala navegacion, al cabo dieron con él en la grand sepultura desta mar oceana.»²

§ 4.—PÁNFILO DE NARVÁEZ.

Nraíz de la muerte de Lucas Vázquez, ó tal vez con anterioridad, solicitó Pánfilo de Narváez el descubrimiento de las islas de tierra firme que hay desde el río de las Palmas, confinante con Pánuco, hasta la Florida, y todo lo de la misma Florida, con facultad de contratar y rescatar, sin cautivar ni hacer mal á los indios, sino de su grado y voluntad, permitiéndosele además que comprase los esclavos de los caciques y «usara dellos como de esclavos.»³ Anuente en demasía el soberano español, accedió con fecha 11 de diciembre de 1526 á todo lo solicitado, y de motu proprio otorgó exenciones y privilegios que no comprendía la solicitud de Narváez. Éste obtuvo así el des-

¹ Op. cit., tom III, pág. 628.

² Ibidem, pág. 630.

³ Colec. Docs. de Indias, tom. X, págs. 41 y 46.

cubrimiento, conquista y población de las tierras referidas; los títulos de adelantado, gobernador y capitán general; una merced de diez leguas en cuadro, no siendo en lo mejor ni en lo peor de lo que se descubriera; licencia y facultad, extensivas á los demás pobladores, para que á los indios rebeldes, previo requerimiento, se les pudiera tomar por esclavos, lo mismo que á los indios que tuviesen esclavizados ya los caciques y otros naturales, á quienes habría que pagar el precio correspondiente.¹

Conforme á Alvar Núñez Cabeza de Vaca, tesorero y alguacil mayor de su majestad en la expedición, salió Narváez de San Lúcar el 7 de junio de 1527 con cinco naos y setecientos hombres; llegado á Santo Domingo, permaneció allí 40 días, al cabo de los cuales pasó á Santiago de Cuba, donde le cogió un fuerte huracán que le hizo perder gran cantidad de mantenimientos y mucha gente;² como desertaron además hasta 180 individuos, Narváez conservó únicamente 400 hombres y 80 caballos.³ Por fin, tras largas vicisitudes, cuando luchaba nuevamente con recia tempestad, y estaba á punto de entrar en la Habana, le tomó viento contrario y le llevó rápidamente á la costa occidental de la Florida; dió fondo el martes 12 de abril de 1528 en una bahía que se llamó de Santa Cruz, perteneciente á la provincia de Panzacola.⁴

Inquirió luego Narváez dónde se podía hallar oro, y supo que en Apalache había mucho, por lo que se dirigió allá con 300 hombres y cuarenta caballos, dejando los navíos al cuidado de un alcalde llamado Caravallo.⁵ En Apalache sólo encontró algún maíz; disgustados por otra parte los naturales de que los invasores les robaran cuanto veían, principiaron á hostilizarles tenazmente y no cesaron ya de combatirles; y ha-

¹ Ibidem, tom. XXII, págs. 224-45.

² Colec. Docs. de Indias, tom. XIV, págs. 269-70.

³ González Barcia, Ensayo, pág. 9.

⁴ Herrera, op. cit., década 4ª, pág. 63.

⁵ Ibidem, pág. 64.

cíanlo con tanta braveza, que herían de continuo á la gente y á los caballos.¹

Empero, lo que preocupaba á los castellanos era la falta de riquezas: en busca de ellas únicamente habían venido al Nuevo Mundo; nadie abandonaba entonces su patria si en ella disfrutaba de bienestar y de holganza: resolvieron por tanto internarse en la Florida, y desde luego pasaron á Aute, pequeño pueblo cuya población huyó en masa, dejando quemadas las casas.² Por el camino, «pasando vna Laguna de mal paso, fueron acometidos de los Indios, que estaban emboscados, i hirieron muchos Hombres, i Caballos: i antes de salir de la Laguna, les tomaron la Guia, i porfiaron en las acometidas, sin recibir daño: porque cuando los Castellanos daban sobre ellos, se metían en el Agua, i no podían ser ofendidos.»³ Gonzalo Solís de Merás, otro testigo presencial, aunque algo posterior, describe bien la hábil táctica de los naturales; «como éstos de la Florida (dice) son tan ligeros, y están ciertos que no los han de alcanzar, son muy atrevidos en llegar cerca de los cristianos, é otras veces en aguardarlos, é al retirarse los cristianos, corren con ellos mucho peligro por que tiran tan recio con los arcos que pasa una flecha la ropa, é la cota que el soldado trae vestida, é son muy prestos en el tirar: al disparar el arcabuz el soldado, primero que lo vuelva á cargar, por la ligereza que el indio tiene, júntase con él, y tírale 4 ó 5 flechas, primero que el soldado acabe de atacar el arcabuz, y en cuanto echa el polvorín para cebarlo, el indio se retira entre yerbas é bosques, que es muy buena tierra aquella, é mira cuando el polvorín hace fuego, é abájase, é como está desnudo, se muda por entre las yerbas, y en disparando el arcabuz, sale el indio á

¹ Ibidem, págs. 64-5.

² Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Naufragios y Relación de la Jornada, que hizo a la Florida con el Adelantado Panfilo de Narvaez. En Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales, que juntó, tradujo en parte, y sacó á luz, ilustrados con eruditas Notas y copiosos Indices, el Ilustrísimo Señor D. Andres Gonzalez Barcia. Madrid. 1740. Tomo I, Parte Séptima, pág. 8.

³ Herrera, década 4a, pág. 66.

diferente parte de donde se abajó cuando le querían hacer la puntería, é son en estos tan diestros, que es cosa de admiración; é todos pelean escaramuzando: saltan por cima de las matas como venados: no son los españoles, con mucho, tan ligeros como ellos: é si los cristianos los siguen, y ellos tienen miedo, caminan á la parte donde hay ríos ó ciénegas de agua, que hay muchas en la costa de la mar, é como andan desnudos, pásanse á nado, porque nadan como peces, é llevan los arcos é flechas altos del agua, con la una mano, porque no se les mojen, é puestos de la otra parte, empiezan á dar gritos á los cristianos é reirse dellos, é cuando los cristianos se retiran, vuelven á pasar el río é seguirlos, hasta meterlos en el fuerte, saliendo por entre las matas, é flechando los cristianos, que cuando ven la ocasion, no la pierden: é por esto se les puede hacer muy mala guerra (concluye Solís de Merás), si no es yéndolos á buscar á sus pueblos, cortalles las sementeras é quemarles las casas é tomarles las canoas é derrocarles las pesquerías, que es toda su hacienda, para que dejen la tierra.»¹

Presto tuvieron que salir de Aute los castellanos, con rumbo á la costa, dolientes y faltos de alimentos y perseguidos de los indios: fué la marcha en extremo penosa, «porque ni los Caballos (dice Cabeza de Vaca) bastaban á llevar los enfermos, ni sabíamos què remedio poner, porque cada dia adolescian, que fue cosa de mui gran lastima, i dolor vèr la necesidad, i trabajo en que estabamos.»²

Llegados á un ancón ó bahía, se convencieron los castellanos de que no debían ni podían continuar en su empresa, y resolvieron salir de la Florida. Como no era posible hacerlo sino por mar, pusiéronse á construir unos navíos, á pesar de que carecían de carpinteros, herramienta, clavos, estopa, jarcia y velas; la necesidad á todo suplió: hizo de cada hombre un artesano, y formó herramientas y clavos de los estribos, espue-

¹ En Ruidiaz y Caravia, op. cit., tom. 1, pág. 218-19.

² Naufragios, pág. 9.

las y ballistas; estopa del fruto de los palmitos; jarcia de la crin de los caballos; pez de la recina de unos pinos, y velas de las camisas: tal «era la Tierra (exclama Cabeza de Vaca) en que nuestros pecados nos havian puesto, que con mui gran trabajo podiamos hallar piedras para Lastre, i Ancles de las Barcas.»¹ Principiáronse á construir éstas el 4 de agosto de 1527, y para el 20 del siguiente septiembre estaban terminadas cinco de a veinte codos.²

Dos días después se verificó la partida, embarcándose en una de las barcas Narváez con 49 hombres; en otra el contador Alonso Enríquez y el comisario fray Juan Suárez con otros tantos; en la tercera los regidores del 1.^{er} pueblo que se fundase, Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, con 48 hombres; en la cuarta el veedor Alonso de Solís y el tesorero Cabeza de Vaca con 49, y en la última los capitanes Téllez y Peñalosa con 47: de manera que por todos eran 251. Los demás habían muerto por enfermedad ó flechados de los indios.³

Para procurarse bastimentos, los castellanos habían salteado cuatro veces el pueblo de Aute, al cual robaron «hasta quatrocientas fanegas de Maiz, con muchas contiendas de los indios.»⁴

Embarcados pues los castellanos en las cinco barcas, tan apretados que apenas podían moverse, y no quedando de ellas fuera del agua sino un gеме de bordo, dejan á aquella bahía que llamaron de Caballos, porque la falta de otros alimentos les obligó allí á acabar con ellos. Pudieron navegar así algunos días rumbo al río de las Palmas, si bien luchando con la estrechez de las embarcaciones, el hambre y la sed, las olas y vientos tempestuosos y la hostilidad de los naturales, que ora por tierra, ora por mar, no cesaban de atacarles.⁵ Luego sobrevino una fuerte tormenta que dividió á los castellanos. La barca donde iba Cabeza de Vaca fué arrojada á la isla de Mal-

¹ Ibidem, pág. cit.

² Herrera, op. cit., década 4a, pág. 66.

³ Cabeza de Vaca, Naufragios, pág. 10.

⁴ Herrera, op. cit., década 4a, pág. 66.

⁵ Cabeza de Vaca, Naufragios, págs. 9 y 10.

Hado. Refiere aquél que llegados allí él y sus compañeros, agotados y desfallecidos todos por el cansancio y el hambre, fueron socorridos de los naturales con mucho pescado y unas raíces que se comían; los indígenas se mostraban siempre mansos y generosos con todos los extranjeros que no les dañaban.

Viéndose proveídos abundantemente los castellanos, tornaron á embarcarse para continuar su navegación, pero nueva tormenta les hizo naufragar; aunque lograron volver á nado á la misma isla, fué en tan lastimoso estado, que cuando los indios les encontraron, «de ver el desastre que nos havia venido (escribe Cabeza de Vaca), y el desastre en que estabamos, con tanta desventura, i miseria se sentaron entre nosotros: y con el gran dolor, i lastima que ovieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos á llorar recio, y tan de verdad, que lexos de allí se podia oír, i esto les durò mas de media hora.»¹

También arribaron á la isla de Mal-Hado Dorantes y Castillo y sus compañeros, quienes unidos á Cabeza de Vaca, resolvieron de común acuerdo invernar en el lugar. Empero, á los pocos días se desataron tales fríos y tempestades, que los indios no pudieron ya arrancar raíces ni pescar, por lo que en corto tiempo, escribe Cabeza de Vaca, «de ochenta Hombres, que de ambas partes allí llegamos, quedaron vivos solos quince.»²

La barca del Contador Alonso Enríquez dió al través en la costa, y al seguir la gente á lo luengo de ella, les alcanzó la barca de Narváez; llegada la noche, éste no quiso desembarcar, prefiriendo quedarse en la barca acompañado de un maestre y de su paje; mas «à media noche el Norte vino tan recio, que sacò la Barca de la mar, sin que ninguno la viese, porque no tenia por reson sino una Piedra, i que nunca mas supieron del.»³ No alcanzaron mejor suerte los que habian tomado tierra, pues de no comer y de frío empezaron á fallecer; y era tanta

¹ Ibidem, pág. 14.

² Ibidem, pág. 15.

³ Ibidem; pág. 19.

su hambre, que los que sobrevivían hacían tasajos de los Cadaveres, y se los comían, y de este modo fueron pereciendo todos; el último fue Soto-Maior, con el qual hizo lo mismo que avia hecho con los demás, Hernando Esquivel, Natural de Badajoz, el qual solo huió de aquel parage desdichado; pero no mejoró de fortuna: antes despues de innumerables Trabajos, le dieron muerte los Indios, en otra parte.»¹ Otros cinco cristianos «llegaron à tal extremo, que se comieron los vnos à los otros, hasta que quedò vno solo, que por solo no hubo quien lo comiese. Los nombres de ellos son estos: Sierra, Diego Lopez, Corral, Palacios, Gonzalo Ruiz. De este caso se alteraron tanto los Indios, i hovo entre ellos tan gran escandalo, que sin duda, si al principio ellos lo vieran, los matàran, i todos nos vieramos en grande trabajo.»² Ha habido, no obstante, cronistas españoles que hayan osado calumniar à estos mismos naturales, asegurando que comían carne humana.³

Los castellanos que iban en la última barca con los capitanes Téllez y Peñalosa, tuvieron un fin análogo: todos perecieron.⁴

Después de nueve años de inauditos trabajos, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo y un negro llamado Estavanico, que fueron de los poquísimos que sobrevivieron, lograron salir de la Florida caminando casi al azar; llegaron primero à Nuevo México, luego à Nueva Galicia y por último à México, adonde entraron el 23 de julio de 1536: habían caminado más de dos mil leguas por poblaciones de indios sin recibir de ellos el menor mal.⁵ Otro de los sobrevi-

¹ González Barcia, Ensayo, pág. 11.

² Cabeza de Vaca, Naufragios, pág. 15.

³ No puedo prescindir de recordar aquí que los antiguos mexicanos jamás comieron carne de los suyos, à pesar de que llegaron à sufrir durante varios meses una guerra y hambre y sed tales, que, según aseguraba un testigo veraz, «no se ha hallado generacion en el mundo que tanto sufriese.» (Bernal Diaz del Castillo. Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva-España. En Madrid, en la Imprenta del Reyno. 1632. Fol. 156 vto.)

⁴ Cabeza de Vaca, Naufragios, pág. 22.

⁵ González Barcia. Ensayo, pág. 20.

vientes de que tengamos noticia fué Juan Ortiz, que permaneció cerca del Cacique Moscoso hasta 1539, como veremos en el § siguiente.

§ 5.—HERNANDO DE SOTO.

HACIA 1537 solicitó éste la conquista y población de las provincias del río de las Palmas y de la Florida, sin que la monarquía quedase obligada à pagar ni satisfacer los gastos de la expedición.¹

«Era Soto muy dado à essa montería de matar indios, desde el tiempo que anduvo militando con el gobernador Pedrarias Dávila en las provincias de Castilla del Oro é de Nicaragua, é tambien se halló en el Perú y en la prision de aquel gran príncipe Atabaliba, donde se enriqueció: é fué uno de los que mas ricos han vuelto à España, porqué llevó é puso en salvo en Sevilla sobre cient mill pesos de oro, y acordó de volver à las Indias à perderlos con la vida, y continuar el exercicio, ensangrentado del tiempo atrás que avia usado en las partes que dicho.»²

Siendo por tanto sobradamente solvente, obtuvo cuanto quiso de la monarquía, la que, según hemos visto, en los asientos de conquista se adelantaba invariablemente à las más exageradas pretensiones, con tal que nada le costaran; solía convenir en que los conquistadores se abonasen determinada cantidad à título de ayuda de costa, pero bajo la condición estricta de que el pago se haría de los mismos frutos ó provechos de la tierra objeto del asiento; era ya máxima que para el Nuevo Mundo, de donde extraía España fabulosas riquezas, no se había de gastar un solo ducado de la hacienda real, «an que se

¹ Colección de Varios Documentos para la Historia de la Florida y Tierras Adyacentes. (Formada por Buckingham Smith). En la casa de Trubner y Compañía. Londres (s. a.) Tom. I y único, págs. 140-41.

² Oviedo y Valdés, op. cit., tom. I, pág. 547.